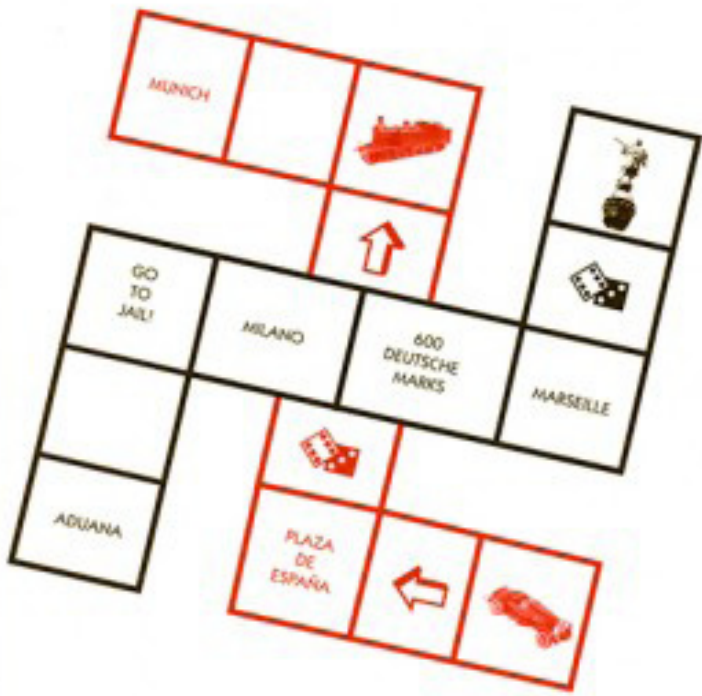


EL ETERNO PEQUEÑOBURGUÉS



ÖDÖN VON HORVÁTH

marbot ficción

ÖDÖN VON HORVÁTH, *El eterno pequeñoburgués*. Novela edificante en tres partes, traducción de Isabel García Adánez, Marbot Ediciones, Barcelona, 2012, 224 pp. ISBN 978-84-9278-30-5. (*Der ewige Spießler*, 1987).

EN un *tweet* anónimo se lee, al respecto de lo ocurrido con Grecia, lo siguiente: “Alemania, destruyendo Europa desde el año 285 d.c.”

Martín Heidegger, el pensador alemán, concibió que tan sólo la destrucción de la historia de Occidente, esa infamia basada en el pensamiento metafísico, podía despejar el terreno, esto es, el espacio vital germánico, en orden a posibilitar un acontecimiento experiencial auténtico que diera origen a un nuevo orden social, cultural y espiritual en el mundo. En 1922 Carl Schmitt definió la soberanía como la capacidad de decidir sobre el estado de excepción. En julio de 1932, el partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores [Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei], ganó unas elecciones democráticas. En enero de 1933 Adolfo Hitler fue nombrado Canciller de Alemania y el 23 de marzo de 1933 fue declarado el estado de excepción que concedía plenos poderes al *Führer* y a su gabinete.

Como si de una premonición se tratase, en junio de 1938 cayó sobre la sorprendida testa de Ödön von Horváth una rama de árbol a causa del impacto de un rayo. La tormenta eléctrica, fobia irracional con la que el escritor húngaro malsoñaba que acabarían sus días, fulminó al aristócrata dramaturgo en un abrir y cerrar de ojos, tan sólo unos meses antes de la *noche de los cristales rotos* [Kristallnacht], cuando al tiempo que los susodichos vidrios estallaban en

quinientos pedazos, y no es que no se esperase, es que aún no se estaba preparado, se derramaba, quizás, la última gota de esperanza en el entendimiento de los pueblos europeos.

En *El eterno pequeñoburgués* [*Der ewige Spießler*], Ödön von Horváth nos presenta un cuadro de la sociedad burguesa de su época, un cuadro no inocente, sin duda. Una todo menos desinteresada pintura dramática en la que el cinismo brilla por su absoluta omnipresencia. El comerciante urbano que estafa al adinerado paleta rural, la muchacha de moral distraída (recientemente adquirida) que engaña a un parado para que la invite al cine, el indecente aristócrata venido a menos que se aprovecha de sus influencias, la viuda rica que se beneficia sexualmente del joven incauto, el musculoso y deportista niño pijo que se goza a las mujeres de sus protectores, el mediocre periodista pseudo-intelectual que se atribuye historias ajenas, la caprichosa y antisemita chiquilla mimada hija de papá que trata a los hombres como a peluches, el típico funcionario de aduanas corrupto, el correctísimo y extremadamente diligente empresario que estafa a sus empleados y acreedores, el mezquino y pederasta odontólogo frustrado aspirante a actor que aconseja a las muchachas prostituirse para salir de la crisis, y todos los fulanos de mentalidad *reificante* de este mundo, se dan cita en el burdel que es Europa a los ojos de Horváth. Dicho sea incidentalmente, las cotas estilísticas y humorísticas que al respecto alcanza este autor al insistir en referirse a los personajes con los epítetos que ellos mismos se dan unos a otros, en lugar de por sus nombres o alguna perífrasis neutra y meramente descriptiva, como es habitual en los diálogos



escritos, y que obliga al lector a percibir a los personajes como cosas, es de un mérito sobresaliente, y nos da también una idea de la condición moral que el autor les atribuye, a saber, la de la peor ralea. Pues bien, decíamos que los burgueses de Horváth son cínicos, pero en este caso lo son intrínsecamente, pues no son como los que pinta Buñuel (véase la película *El discreto encanto de la Burguesía*, y el comentario que al respecto hacen Vicente Sanfélix y Carmen Ors en su ponencia en el XVIII congreso de la SFPV, marzo de 2010). No poseen modales refinados ni tienen especiales problemas a la hora de obtener la satisfacción profunda de sus escasamente sublimados instintos, y mucho menos, y en esto sí que coinciden con los buñuelenses, tienen algún tipo de sentimiento de culpabilidad por su comportamiento más allá del arrepentimiento que proporciona una resaca al día siguiente de una borrachera. De hecho, las más de las veces el narrador los presenta como si la inocencia de la infancia fuera en ellos tan inmaculada como la del primer hombre en el jardín del Edén. No obstante, a pesar de lo desafectado de la narración y de la presunta inocencia del devenir, el evidente y recurrente sarcasmo que todo lo impregna señala indudablemente al cinismo como diagnóstico moral. Precisamente porque todo lo que hacen los personajes «encaja con el orden social vigente» (p. 91) al tiempo que la ironía y el sarcasmo resaltan la abyecta condición moral de los mismos, el lector no puede por más que darse cuenta de que ahí hay una denuncia. Exactamente la misma denuncia que expresa Buñuel en su película. Pero en este caso incluso de una forma más profunda, pues si aquél necesitaba llamar la atención sobre el hecho de que el burgués no tiene intención de cumplir las normas que él mismo se ha impuesto para realizar la acusación, Horváth, que en tanto que aristócrata ni siquiera puede comulgar con dichas normas, sólo necesita mostrar, como lo hace, que el orden establecido es aborrecible independientemente de si se cumplen o no sus normas. Además, cuando uno es consciente, al final de la primera parte de la novela, de que lo que acaba de leer es la historia de un hombre cuya máxima aspiración en la vida es la misma que la del lazarillo de Tormes, sólo puede pensar una de estas dos cosas: o bien todo ha sido una broma de mal gusto por parte de Horváth, o bien éste quiere que nos convenzamos de que el eterno pequeñoburgués no es más que el eterno canalla.

Sin embargo, podríamos pensar que Ödön va un poco más allá en el diagnóstico de su tiempo y sus vecinos. Hay en la novela una idea, quizás tan sólo sugerida, pero que se puede rastrear y trazar a través de sus páginas sin demasiado esfuerzo, a saber, la idea según la cual el carácter cínico y miserable de la burguesía alemana es el germen y caldo de cultivo de la ideología fascista propiamente germana, el nacional-socialismo. Lo que Horváth sugiere es que la derrota del Imperio en la Primera Guerra Mundial habría desbaratado los planes de una vida sin pegar palo al agua que el burgués alemán había concebido para sí como su *derecho natural*. La consiguiente crisis económica por la pérdida de competitividad con respecto al resto de países europeos, las asfixiantes deudas como consecuencia de la reparación de los daños de la guerra, la imposición de un sistema político democrático en el que no creían, y el convencimiento paneuropeísta de que Europa debía ser una sola nación y los alemanes debían gobernarla serían para Horváth los elementos en los que se apoyaban las nuevas doctrinas nazis para convencer. El pequeñoburgués alemán, al no poder ponerse al frente de la economía de su país para poder vivir a cuerpo de rey sin mover un dedo, pues no había economía al frente de la cual colocarse, habría concebido, en base a su autopercepción como hombre superior, la idea de una Europa grande, fuerte y unida que, bajo la dirección del auténtico espíritu y la verdadera civilización, esto es, el hombre alemán, volvería a ponerse en la cima del mundo, que es el lugar que le corresponde. En palabras del señor Schmitz, el personaje que en el libro represen-



ta al típico intelectual alemán, la cosa sería así:

“Naturalmente, aquí [en Francia] hay muchas cosas que proceden de las colonias, pero eso es así en todas partes. También nuestro célebre café negro de Viena lo cultivan los negros. Si no tuviéramos productos de las colonias, mi querido caballero, no podríamos satisfacer nuestras necesidades más primitivas. Y créame, si no explotaran a los pobres negros con tan poca vergüenza, todos esos productos de las colonias serían carísimos, pues los dueños de las plantaciones querrían seguir ganando mil veces su precio también entonces. ¡Créame, señor mío, los blancos somos las bestias más bestias! [...] Si las bestias blancas fuéramos gente honrada, deberíamos cimentar nuestra civilización sobre la gente que no tiene necesidad de nada y cuyas necesidades, por lo tanto, son susceptibles de ser satisfechas incluso sin los productos de los negros, es decir, en cierto modo, gente silvestre... Esos serían, pues, Estados que apenas podrían satisfacer ninguna necesidad. Ahora bien ¿dónde quedaría nuestra civilización occidental?” (pp. 104-105)

Hay que reconocer que la idea que hemos extraído es sumamente sugerente y ciertamente bastante ajustada a la verdad. Sin embargo, hay que recordar también que la novela de Horváth está escrita en 1930, con lo que, pese a su increíble capacidad predictiva, está falta de un elemento que la historia mostró como imprescindible para el ascenso del nazismo: el apoyo del populacho. Una lectura que se puede hacer del concepto de *ideología* en Marx, al menos en el joven Marx, es la que señalaría que aquel individuo que no fuera consciente de su situación social y en consecuencia la concibiera de un modo inadecuado, tendría por ello una visión deformada de la realidad. Así, el trabajador que creyera que el empresario o el político están a su servicio tendría una visión ideológicamente deformada (deliberadamente inducida por los poderes publicitarios, tenderíamos a pensar) de la realidad, pues no sería consciente de que el sistema de producción y gobierno capitalistas están ahí para explotarlo. Del mismo modo, un joven burgués idealista que defendiera los derechos del trabajador estaría cayendo en un error categórico. Pues bien, es claro que, en este sentido, el afán fascista de un industrial o un comerciante estaría lejos de ser un grave error ideológico, pero lo que no está tan claro es que la suma de todos los votos pequeño-burgueses sea suficiente para ganar unas elecciones democráticas. Así pues, es necesario suponer que el influjo ideológico del nazismo alcanzó amplias capas de la población trabajadora. ¿Qué ofrecía el ideario nacional-socialista a las masas? Es de sobra conocido: un chivo expiatorio con el que desahogarse y al que culpar de los males que acucian a la sociedad, y la promesa barata de una vida mejor, aunque no se sepa muy bien por qué medios se va a alcanzar. Esto es suficiente para engañar a los ignorantes, sobre todo si están desesperados. Habría que preguntarse qué pasa hoy en Europa para que al tiempo que un sentimiento anti-germánico despierta, la extrema derecha griega y francesa haya alcanzado cotas de representación impensables hace cinco años.

Por otro lado, toda la evaluación que Horváth hace de las ideas paneuropeístas de su época no se resume en este diagnóstico. En un hilarante episodio de la obra, al señor Kobler, el protagonista de la primera parte, el azar le impone una dolorosa lección vital, a saber, que contra los Estados Unidos de América no se puede competir. Al menos, no en tanto Europa siga consistiendo en pequeños estados-nación empeñados en resaltar sus minúsculas diferencias por encima de las enormes semejanzas. Así, cuando Kobler cree haber dado el braguetazo de su vida, aquel que le permitirá medrar y llevar una vida tranquila y llena de placeres, el legítimo novio americano de su “amada” entra en escena, revelando a un tiempo la veleidad de la joven y la verdadera situación financiera de su progenitor, que requiere de capital americano para mantener a flote su “imperio” industrial (referencia implícita a los planes *Dawes* y *Young*). Con esto, el desprecio que sienten los burguesitos europeos por la supremacía económica y militar de los Estados Unidos, que son comparados con



la plenitud física, la arrogancia moral y la grosera condición de la adolescencia, se muestra en su calidad de pura y llana envidia. No obstante, Horváth salva un matiz: había, como también la hay hoy, una corriente de pensamiento que de algún modo entendía que, si la cultura y civilización europeas valen algo, y que si de algún modo se aspira, no ya a su supremacía, sino a evitar que el poder económico o militar, interno o externo, las aplaste, y de ese modo mantener las condiciones en las que se pueda desarrollar, entonces y sólo entonces, es necesario un verdadero entendimiento de los pueblos europeos.

Adolfo Llopis Ibañez